

# La Mansión

Jon un joven pintor de la gran ciudad. Nació, creció en ella. Juzgando su presente era muy probable que muriera en ella.

Hacía ya varios meses que no recibía ningún trabajo, tal vez no llevaba la cuenta exacta de tiempo, debido a sus días totalmente ebrio. Un día pensó en contar cuantos fines de semana exactamente llevaba, pero al instante perdió el interés.

Siempre la familia que había perdido, estaba en sus pensamientos. Su esposa, su hija. Que estarían en cualquier rincón de la gran ciudad, muy lejos de él, muy lejos de lo que él era ahora. Algunos años atrás visualizaba un futuro muy prometedor, haciendo exposiciones en varias galerías de arte. Obteniendo muchas críticas positivas, muchas iglesias lo querían para pintar lienzos, inspirados en la biblia. El dinero que obtenía, más el nacimiento de su hija le llenaron el pecho de la sensación de que era el dueño del mundo. De que era un hombre triunfador. De que no estaba viviendo en vano en este mundo.

La vida era justa y cruel, irónica en la mayoría de las veces. No sabemos si nosotros mismos terminamos burlándonos, o son los actos del pasado que vuelven para reírse en nuestra cara, diciendo "te lo dije miserable, te lo dije". Cuando menos lo pensó estaba en un pequeño cuarto oscuro, muy borracho como para ponerse en pie. Una serie de decisiones desencadenaron su presente tan gris y solitario. A veces un amigo lo buscaba para algunos pequeños trabajos. Steven, lo había conocido en una

exposición en donde una pintura de Jon, le recordó mucho el fervor religioso de su ya fallecida madre. Steven compro la pintura sin dudarlo, de ahí se estableció una profunda amistad.

Su amigo le conseguía trabajos para algunas señoras religiosas de la iglesia a la que acudía, aunque no eran trabajos tan remunerados. Jon no podía quejarse, nadie le pagaría a un pintor alcohólico, el valor real de sus pinturas. Aunque su arte fuera exquisito, cuando las oportunidades pasaban, simplemente pasaban. Él pensaba lo mismo, se imaginaba en una estación de tren, llegando tarde y perdiendo su tren, sabía que el siguiente tren aunque lo llevara al mismo lugar, más rápido o más lento, siempre por decreto de la realidad lo llevaría a un punto distinto del tiempo, y nunca sería lo mismo.

Vestía con un saco café, roto de los pliegues, con un botón de la manga faltante, y otro de la parte frontal. Ese saco le recordaba la noche en que golpeo a un afamado crítico de arte, por opinar de una manera severa acerca de una de sus pinturas. Eso empezó a socavar su hasta el momento, prometedora carrera. Recordaba lo que le dijo el dueño de la galería. “Algunas personas no soportan crítica alguna, las demás que si lo hacen, se vuelven famosas o solamente son felices”. Esas palabras todavía golpeaban brutalmente en su memoria, tenía el pensamiento absurdo de que cada trago suavizaba el recuerdo. Aunque siempre aceptaba que eso era parte de su trágica vida, minutos

después lo olvidaba con un trago y todo volvía a comenzar. Un círculo que lo desgarraba poco a poco.

Steven apareció un lunes por la mañana, al entrar a su roída habitación, encontró una escena que ya conocía muy bien. Jon estaba al lado del colchón, al parecer tanto alcohol no lo ayudo a llegar a su improvisada cama. Steven lo recogió del suelo y lo acostó lo mejor que pudo. Jon ni abrió un poco la mirada, estaba totalmente noqueado. Steven sabía que se despertaría cuando el día diera su último aliento, mientras, empezó a recoger la basura que había regada por el piso. Lavo un par de platos y algunos vasos. A la hora se fue de la habitación, justo para regresar cuando el día empezara a morir. Como lo pensó encontró a Jon de la misma forma que lo dejó. Encendió la estufa, y preparo una sopa, con verdura y algo de pollo. Steven pensaba que su madre estaría alegre de que ayudara a un necesitado, de que ayudara a una persona que había perdido el camino hacia Dios. Sus creencias le dictaban a nunca rendirse para ayudar a alguien. Sin embargo sabía perfectamente que no necesitaba de la religión para ganarse el cielo, pensaba que con solo el hecho de ser buena persona, y ayudar a los demás, cuando estaba dentro de su alcance. Era lo único que Dios miraba en el corazón, si acudía a diario a la misa de primera hora, y siempre estaba todos los domingos en la iglesia, era porque su madre desde pequeño lo había acostumbrado a tal rutina. Su padre le había heredado una modesta ferretería, que él se había dedicado a hacer crecer, tenía

planes de casarse pronto, con la hija de una amiga de su mamá. Pero antes tenía la meta de sacar a flote a su amigo pintor, caído en desgracia.

El día anterior cuando ayudaba al padre de la parroquia a limpiar y recoger todo después de la última misa, antes de mediodía. Un señor muy alto, de edad algo avanzada, miraba fijamente la estatua de Jesús cargando la cruz. Steven se le acercó y le informo que pronto cerrarían la parroquia, que abrirían de nuevo por la tarde, por si quería volver para celebrar la misa vespertina. El señor le dedico una fugaz mirada. Le conto que admiraba el arte que se exponía en el templo, estaba buscando a pintores con ese tipo de arte, para pintar un cuadro que le obsequiaría a su madre, que pronto lo visitaría. Steven se olvidó de la apariencia de aquel hombre, y su mente se llenó de la posibilidad de encontrarle un trabajo a su amigo Jon. Inmediatamente le comento sobre Jon, y lo magnifico que era como pintor, le mostro los tres lienzos que Jon había pintado para la iglesia. El señor con su voz muy grave y certera, se mostró interesado, le entrego a Steven su tarjeta para que su amigo pintor se comunicara con él. Así concertarían los parámetros del trabajo, para que ambas partes estuvieran satisfechas. El señor asintió, diciéndole que él podía hacer que cualquier pintor alcanzara el éxito. Se despidió, en un abrir y cerrar desapareció de la vista de Steven. Este no le tomo importancia, y guardo con mucho cuidado la tarjeta en su bolsillo, decidido a terminar sus

labores en la parroquia y pensar la manera en que le contaría la gran noticia a Jon.

Jon se despertó, se quedó sentado por largo rato a un lado del colchón, mientras saludaba con voz cansada y carrasposa a Steven. Jon le dijo que no tenía por qué hacer todo esto por él, que su caso estaba perdido que pronto el exceso de alcohol le pasaría factura a su cuerpo. Moriría sin el perdón de su esposa, y sin ver crecer a su hija. Steven respondió con una sonrisa y le dijo que lo que hacía porque él todavía tenía esperanzas de que recuperara el camino correcto. Dios siempre daba esperanza aun cuando las penas en la vida eran más grandes a lo que las personas imaginaban. Le dijo que Dios era aquello que nunca fallaba. Que él siempre llegaba en el tiempo correcto. Solamente tenía que poner un pequeño esfuerzo y un poco de fe, Dios haría el milagro cuando menos lo esperara.

Jon se levantó, salió a mojarse la cara. Bebió largos tragos de agua, después de tomarse un tazón grande de humeante sopa, se recostó nuevamente en el colchón. Steven le dijo que posiblemente Dios ya estaba actuando, que le correspondía a él ahora poner de su parte. Si no le creía, Steven se sacó la tarjeta y le conto acerca de lo que había acontecido el domingo por la mañana en la parroquia. Le explico que podría ser el inicio de su regreso al mundo de la pintura, a la vida que dejo atrás. Una vida incompleta que necesitaba recuperar para poder encontrar la felicidad. Jon asintió, tomo la tarjeta y la vio por unos instantes.

Le prometió a Steven que llamaría al día siguiente a primera hora. Que haría el mejor esfuerzo posible por cumplir las expectativas que tenía sobre él. Tal vez no podría recuperar a su familia, pero trataría de darles todo lo que les debía, desde el momento en que se separaron sus caminos. Aceptando que su rutina lo estaba matando poco a poco.

Cuando Steven se fue del pequeño cuarto, Jon se recostó y miró por largo rato el cielo de la habitación. Con la pintura descascarándose, cayendo poco a poco. Mientras el tiempo lo deterioraba todo. Empezó a recordar los últimos días felices que pasó junto a su familia. No sabía cuántas veces había hecho lo mismo, pero al hacerlo sentía un alivio ligero en el pecho. Una sensación rara de felicidad, una sensación que le permitía pensar que esa alegría era producida en su presente. Instantes después siempre caía en la realidad, realidad que era muy lejana a esa sensación. Tal vez su alcoholismo empeoró cuando solo podía dormir cuando estaba lo suficientemente ebrio. Esa madrugada se lo recordó, al dar vuelta y vuelta en el colchón, la ansiedad lo comía desde el interior. Las manos le temblaban, y de recuerdo en recuerdo pudo lograr dormir unas cuantas horas. Las suficientes para levantarse con las energías y salir a buscar un teléfono público y hacer la llamada. Pero esa noche soñó, aunque no lo recordaba completamente, recordaba que estaba en la entrada de una casa muy grande, en la penumbra de la noche. Frente a una gran puerta color madera, barnizada. Con un

llamador muy grande, en forma de la cabeza de una rara bestia. Sin tocar se dispuso a entrar, girando el picaporte, justo cuando la gran puerta se comenzaba a abrir. Una mano pequeña lo tomo, miro rápidamente, y vio que era su pequeña niña. Justo con la apariencia que tenía cuando la vio hace varios meses, a lo lejos en un parque de la ciudad. La misma ropa, el mismo peinado, la misma sonrisa. La niña no le hablo, pero con su pequeña cabecita le hizo un gesto de negación. Supo al instante que lo estaba advirtiendo de algo. Miro de nuevo a la puerta, está ya estaba completamente abierta. Pero no logro ver nada dentro. Solo una oscuridad sólida y profunda, de pronto un hilo de oscuridad se acercó a su rostro, transformándose en una mano que lo quería tomar, en ese momento se despertó. El sol ya cruzaba por la ventana, escabulléndose por la cortina rota.

Se había bañado, se puso una ropa limpia que le había traído Steven, hace ya varias semanas, pero no quería ponérsela y ensuciarla. Pensaba que no tendría una oportunidad idónea de usarla, pero esa mañana pensaba distinto. Se había peinado el cabello hacia atrás, ya no parecía más un alcoholico, con que pareciera un desempleado le bastaba. Desayuno con un café y un pan untado de generosa mantequilla que había comprado en un puesto, a un lado del parque. Se sentó en una banca para disfrutarlo lo mejor que lograra el paisaje. No sabía si almorzaría, guardaría las monedas que le quedaban para la noche. Era mejor dormir con algo en el estómago. Se pasaba el hambre mejor de



día, que de madrugada. Muchas noches se lo habían enseñado, aunque cuando bebía demasiado eso no le preocupaba.

Al terminar de comer, y limpiarse la comisura de la boca con la manga de su camisa. Se sacó del bolsillo la tarjeta que le había entregado Steven, la miro por un largo rato. Busco en su bolsillo una moneda, y se dirigió a un teléfono público, que se encontraba al otro extremo del parque. Marco el número, muy despacio. Cuando empezó a sonar sintió nervios en el pecho, nervios de ansiedad, quizás. Sonó unas seis veces, hasta que una voz seria respondió. – Buenos días, ¿Con quién desea hablar? - Jon pregunto por el señor Dante de manera temerosa, como pidiendo perdón en cada palabra. – Buenos diiaas. Vera me quiero comunicar con el señor Dante, tengo su tarjeta. - La persona le dijo que esperara un momento. Por la vos se notaba que era un hombre mayor. Jon se lo imagino calvo, no se preguntó el porqué. Al esperar casi medio minuto, una voz grave y profunda le hablo, confirmo que él era el señor Dante. Jon le informo quien era, y como había conseguido su número. El señor Dante, le saludo. Mostrando gran interés por su trabajo, le informo sobre las especificaciones del trabajo. Lo último que le dijo sorprendió mucho a Jon.

Al colgar y haber concretado el trabajo con el señor Dante, Jon se mostró muy entusiasmado, pero a la vez muy pensativo. Camino unas cuantas cuadras, entrando en una ferretería, en donde un señor pagaba por varias herramientas. En el mostrador se

encontraba Steven, quien al mirarlo sonrió y lo saludo. Lo hizo pasar a una pequeña oficina, diciéndole a un muchacho que se encargara por unos momentos de la caja. Steven le ofreció que se sentara. Jon sonrió y le dio las gracias, inmediatamente le conto que hace algunos momentos había llamado para el trabajo. Steven se alegró al contarle que el señor Dante lo había contratado sin entrevista previa. Jon con mirada de incomprensión, le conto en qué consistía el trabajo. – El señor Dante celebrara un año más de vida de su anciana madre, lo hará en una casa en las afueras de la ciudad. Bueno es más una mansión que una casa, según lo que me conto. Al parecer no seré el único, también asistirán otros cinco pintores, a quienes desconozco completamente. Bueno contra ellos mejor dicho. Lo más probable es que cada uno pinte a la madre del señor Dante, y premie el que mejor se acerque a sus gustos. No es un trabajo, es una competencia, – Mirando al suelo le dijo, - espero que no vea a ninguno de los que conozcan mi pasado. – Steven le sonrió, dándole ánimos. – Quiere pintar a su madre cuando era joven y hermosa. ¿Solo nos dará menos de una semana para tal hazaña?, no lo sé, no es fácil.

La pintaremos en un lienzo al óleo lo más probable. – Steven sorprendido le pregunto si era posible tal cosa, aceptando que él no sabía mucho de pinturas. Jon le contesto. – Si son artistas expertos y con experiencia. Es fácil realizar el trabajo, solo hay que concentrarse en cada trazo, aunque no le quita mucha

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

